


# DOÑA TERESA EN LA CUEVA.

## PRIMERA PARTE.

AL Divino Consistorio
de la Trinidad Suprema,
Padre, Hijo, Espíritu Santo,
tres Personas, y una Esencia,
le pido humilde, y postrado,
me dé gracia con que pueda
mover mi rústico ingenio,
y mi pluma vuele diestra,
para que acierte á escribir
la fortuna mas adversa,
el caso mas lastimoso,
la mas infausta tragedia,
que han escrito làs Historias,
ni los Anales celebran.
En las asperas Montañas
de Guadalupe, que vuelan
por el mundo sus noticias
entre sus robles, y breñas,
un pastor que ya dexaba
en su aprisco las ovejas,
y pasaba cuidadoso
á una Aldea de allí cerca,
y para llegar mas presto,
vá por escusadas sendas,
quando ya impensadamente
le asustan, y le amedrentan
unos ecos, como ayes
dán de algun presagio señas.
Quedóse el Pastor confuso,
y llegándose mas cerca,
vió una hermosísima Dama,
que dudaba en su belleza,
si era Palas en el monte,
ó si es la Diosa Minerva.
Era en estremo tan linda,
que si el mismo Cielo obstenta
un Sol para adorno suyo,
acompañado de Estrellas,
ella con sus dos mexillas
dos soles consigo lleva.
Orilla de sí tenia
una charpa de escopetas,
y un hombre muerto en sus brazos,
cuyas heridas perversas
con la purpura que vierten
manchan las flores, y yerbas.
Estaba la triste Dama
en lágrimas muy deshecha,
mirando al yerto consorte,
y dice con dulces quexas:

No-

¡Noble dueño de mi vida,
amada, y querida prenda,
imán de mi corazon,
de mi alma, y mis potencias!
Tú, que has muerto por mi causa,
tambien es razon yo muera,
pues veo en tí, amado dueño,
la luz de mis ojos muerta.
¿Donde hallaré yó consuelo
á tanto tropel de penas?
Solo el morir es remedio:
Aves, animales, fieras,
sirva mi cuerpo de pasto
á vuestra ambicion hambrienta.
Dividid mi cuerpo en trozos.
¡O muerte! ¿cómo no llegas?
Tierra, ¿cómo no te abres?
Que allá en tus entrañas densas
quiere verse sumergida
quien tanto morir desea.
Estas palabras decía,
y entre sus brazos le aprieta:
mirábale el rostro helado,
é inclinada la cabeza
sobre el yá yerto cadaver,
alli se quedó traspuesta.
Llegó á este tiempo el Pastor
diciendo : Señora, ea,
vuelve en tí, mira, y repara,
que soy hombre considera
compasivo á tus desdichas,
que aquí á socorrerte llega.
Viendo, que no le responde,
la toma con diligencia
en sus hombros, y á un Convento
de Monges, que está allí cerca,
la llevó, donde al Prelado
con requisito la entrega.
Y los Religiosos Padres,
con mucha liberaleza,
dan bebidas, y reparos:
y á muy pocas diligencias
volvió en sí la hermosa Dama
toda en suspiros envuelta.
Todos á una voz le piden,
que de la forma, que pueda,
les cuente su amarga historia,
que ya desean saberla.
Formando un nuevo suspiro,
les respondió muy discreta:
No puedo negarme Padres,
siendo justa la obediencia,
á referir mi suceso,
si acaso el dolor me dexa.
La muy noble Salamanca,
esa es mi Patria, y mi tierra,
nací de muy nobles Padres,
mi nombre propio es Teresa.
Apenas cumplí tres lustros
(aquí mi desdicha empieza)
murió mi Padre, y mi Madre,
Dios en el Cielo los tenga:
quedé en poder de un hermano,
el qual desde el punto intenta
el meterme Religiosa,
y yó de esto fuí contenta.
En este tiempo (¡ay de mi!)
un Caballero ( ¡que pena! )
galan, discreto, y bizarro,
que es Don Manuel de Contreras,
este á mi hermano le dió
la vida en una pendencia,
y mi hermano agradecido,
atento á tan gran fineza,
lo llevó á mi casa, quando
ha entrado por élla apenas,
él miróme, y yó mirélo,
amor disparó su flecha,
y á un tiempo los dos quedamos
heridos de tal manera
en las coyundas de amor,
él preso, y yó prisionera,
él amante, y yó rendida,
él resuelto, y yó resuelta.

Cre-

Creció nuestro amor de suerte,
que su amor pasó á violencia,
pues reconoció mi hermano
nuestra amorosa querencia.
Quitó á Don Manuel la entrada,
y á mí enojado me encierra,
valime de una criada,
la qual una noche ordena
darle entrada á Don Manuel,
y en mi mismo quarto entra
en ocasion, que mi hermano,
que el rezelo no lo dexa
sosegar, se levantó,
y á mirar la casa empieza;
mas no fué tan en silencio,
porque á el abrir una puerta,
lo sentímos, y al momento
Don Manuel con ligereza
quiso ocultarse, mas fué
en vano su diligencia,
porque al salir á la calle,
la desgracia, que lo ordena,
se disparó una pistola,
pregon fué de mi flaqueza.
Creció en mi hermano la furia,
reconociendo su afrenta,
de lo que fué sospechoso
sacó clara la evidencia:
De los cabellos me arrastra,
llevado de su soberbia;
á la mañana siguiente
trató mi hermano (¡qué pena!)
violentada (¡qué tormento!)
á un Convento, (¡qué tristeza!)
el llevarme, (¡qué pesar
para quien el alma dexa
en cautiverio amoroso!)
Pero el amor, que no dexa,
con papeles correspondo,
que nunca faltan terceras,
para aquestas ocasiones,
y hallandome yá resuelta,
ordenamos, que una noche
por las tapias de la huerta
del Convento me sacase.
Y logrando el verme fuera
Don Manuel, que apercibido
de muchas armas me espera,
y un Caballo, que á los vientos
le imita en su ligereza,
á las ancas me tomó,
y à Córdoba la opulenta
caminabamos, á donde
tenia su parentela,
con el pretexto en llegando,
al Obispo darle cuenta,
y lograr los esponsales;
pero nuestra suerte adversa
no quiso se nos lograse
nuestra pretension tan buena.
A este desierto llegamos
en el rigor de la siesta,
y queriendo descansar
en una fresca arboleda,
nos apeamos, y yo
fatigada á la molestia
del camino, me quedé
vencida al sueño, y apenas
quedé del sueño vencida,
me há entrado con vehemencia,
entre angustias un mal sueño
tan pesado, de manera,
que en su inhumano concepto
fué la tirana influencia,
que á mi amante daban muerte
traidores con su inclemencia.
Quiero dar voces, no puedo,
quiero acudir, no me dexa
aqueste infausto letargo,
y entre congoxas y penas,
cansada de batallar
el cruel sueño me dexa.
desperté toda turbada,
y luego, que fuí despierta,

bus-

buscaba á un lado, y á otro
á el imán de mis potencias,
mas viendo, que no le hallo,
el alma quedó suspensa,
y el corazon traspasado,
la sangre elada en las venas.
Oí decir : ¡Ay de mí!
muerto soy sin resistencia
á vuestras traidoras manos.
A Dios amada Teresa,
que yá de mi triste vida
llegó la hora postrera.
Acudí despavorida,
llegué mas que viva muerta:
lo hallé revuelto en su sangre,
manchando la tosca arena.
Y viendo tan gran desgracia,
le dixe con grande pena:
¿Quien fué el ingrato homicida
que con tirana insolencia
te ha puesto de aquesta suerte?
Oye, mi desdicha es esta
(respondió) tú te venciste,
y yó á esta fuente risueña
vine por un poco de agua,
y estando sentado en ella,
divertido en sus cristales,
me acometen con violencia
tu hermano, y quatro traidores,
y con tirana soberbia
catorce heridas me han dado,
que yá por muerto me dexan.
Tú del rigor te libraste:
pues no hicieron diligencia
de buscarte, que unas voces,
que oyen, á huir los empeñan:
No siento mi muerte, no,
solo siento, que te quedas,
en aquesta soledad,
acompañada de fieras;
y pues me falta el aliento,
pues yá la muerte me espera,
te pido, que me perdones,
porque perdonado sea,
que si yó merezco el verme
en la Divina presencia
de Dios, pediré por tí,
que por su santa clemencia
te saque de esta afliccion,
y de todo libre seas.
Y pues no puedo ampararte,
solo Dios te favorezca.
Con esto espiró en mis brazos,
y yó quedé con tal pena
descoyuntada al dolor,
qual mi desdicha me muestra.
Lo demás este Pastor
podrá decir lo que queda:
Solo digo se me dé
permiso, que en una Cueva,
de un tosco sayal vestida,
me entre á hacer penitencia,
para pasar de mi vida
lo restante, que me queda.
Se lo otorgaron, é hizo
las Christianas diligencias,
y en una lóbrega gruta,
toda al sentimiento hecha,
se entró donde santamente
en su virtud fué perfecta.
Por el defunto enviaron,
y con solemnes exêquias
sepultura le previenen.
Y aquí el humilde Poéta
ofrece segunda parte,
porque el auditorio sepa
en lo que vino á parar
Doña Teresa en la Cueva.

# FIN.




# DOÑA TERESA EN LA CUEVA.

## SEGUNDA PARTE.

YA dixe en otro Romance,
como se quedó metida
Doña Teresa en la Cueva,
del mismo Dios asistida,
despojada de sus galas,
de un tosco sayal vestida,
yá de Dios arrebatada,
no quiso mas compañia,
que á un Divino Crucifixo,
calavera, y disciplina,
un libro, y una corona
de muy agudas espinas.
Siempre estaba en oracion,
ayunaba cada dia,
y á la hora del comer
salía al campo, y pacía
como bruto irracional,
las yervas, que en él habia.
Toda llena de cilicios,
y del temporal tenia
tostadas sus blancas carnes,
asperas, y denegridas,
los ojos tristes, sumidos
de llorar, y las mexillas
con los remanientes de ellas
hechas canales tenia.
El rostro descolorido,
las espaldas muy heridas,
y de estar arrodillada
llagadas ambas rodillas.
Tanto era su fervor,
que su corazon se ardía
en fuego de amor divino
abrasada, y encendida.
Tal era su penitencia,
tanto en la virtud camina,
que una Magdalena en Roma
solo pudo competirla.
Ya Teresa en el dolor,
y en el llanto le imita:
y yá el astuto Demonio
lleno de mortal envidia,
trabaja por derribarla
de aquella tan justa vida.
Y con diabolica traza,
para mejor persuadirla,
tomó el trage, y semejanza,
(como dixe mas arriba)
de Don Manuel de Contreras,
que yace yá en sus cenizas,

aquel galán, que Teresa
idolatraba algun dia.
Al fin el Dragon horrible
para la Cueva camina
llevándose en su compaña
sus sequaces, que le asistan.
Llegó á la gruta en efecto,
á donde Teresa habita,
llamándola por su nombre,
dice estas palabras mismas:
¡O desgraciada Teresa
en lo mejor de tu vida!
Espejo en quien las virtudes
unas con otras se miran:
¿tú ajada, y tan acabada?
¿Quando tú tan abatida?
Y yó de mi desgraciado
siempre adquiriendo noticias,
por no saber donde estabas,
hasta que la suerte mia
dando treguas al pesar,
quiso traerme á la vista
del dueño, que mas adoro,
de la prenda mas querida,
que mora en mi corazon,
y en el alma se avecinda.
¿Quien eres tú (le responde)
que con tan tiernas caricias
me tratas sin conocerme?
¿Pues qué no me conocias?
Yo soy Don Manuel, mi bien,
quien tanto por tí suspira,
quien blasonando de amante
busca una joya perdida,
y con la gloria de hallarla,
me prometí las albricias,
que como el Sol de tu rostro
es la luz que me ilumina,
no hallarla fuera mi muerte,
y hallándola tengo vida.
No es posible seas quien dices.
¿Quien lo asegura? Yo misma,
porque él en mis brazos tuvo
las ultimas agonias:
En mis brazos espiró
por su desdicha, y la mia;
mira si asegurar puedo
lo que mi fé me acredita.
Engañada estás Teresa,
que aunque sin habla me veías,
no fuí muerto, fué un desmayo
por la sangre, que vertía,
para que mejor te conste,
aqui las señales mira
de las heridas, que tengo
curadas, sanas, y fixas.
¿Cómo tan presto sanaste?
Bien la verdad averiguas:
un Pastor, que compasivo
acaso buscando iba
unas ovejas, me halló
sin habla como veías,
me tomó, y llevó á un Lugar,
que estaba de allí dos millas,
volví en mí, y bien curado
me vide en muy pocos dias.
Fuí á mi Patria, y á mis Padres
de todo les dí noticia,
vuelvo á buscarte tan fino,
y aun mas, que el primero dia:
y mis Padres cuidadosos
con la casa prevenida,
como á su dueño te esperan,
y así toda mi familia.
Aquí traigo muchas galas,
las que quisieres aplica,
esto solo te está bien,
no dilates la partida.
¡Ay D. Manuel que ya es tarde!
¿Qual es la causa me digas?
El Voto de Castidad,
que á Dios hice con fé viva,
y ya el cumplirlo me es fuerza.
La consecuencia es precisa

con

con que tu error se convence,
oyelo Teresa mia:
¿No me diste voluntaria
palabra, y mano tú misma
de casamiento? Es verdad.
Luego si tú con la mia
uniste la voluntad
con dulces lazos unida,
sabete de que ya estamos
(segun las Leyes Divinas)
para con Dios desposados,
y sin que lo contradigan,
hay nulidad en el Voto,
que una muger por sí misma
sin licencia de su Esposo,
tal cosa no determina.
Tú por muerto me tuviste,
pero teniendo ya vida,
queda el voto irregular,
bien la clausula lo afirma.
Esa es qüestion temeraria,
que es primero (cosa es fixa)
lo Divino, que lo humano,
dicen las Leyes antiguas,
cumplir á Dios la palabra,
porque en todo predomina,
y es primero este precepto,
y así á cumplir no me obliga
la palabra, que te dí
porque me alienta, y anima,
el faltar las bendiciones,
que es el todo, que covija
las Leyes del Matrimonio,
y por esta causa misma
tengo ya hecho el dictamen
de pasar aquí mi vida,
solo por servir á Dios.
Teresa, ya tú deliras,
á Dios sirve, á Dios agrada
la muger, que comedida
á su marido le asiste
en la maridable vida;
si conmigo no te vienes,
será tu alma perdida.
Mira, que injurias á el Cielo,
y aun á el mismo Dios irritas,
á los Angeles, y Santos,
quantos en la gloria habitan.
¡Ay de mí! Ya Don Manuel,
me confieso convencida;
vuelve despues, que yo en tanto:
quiero un rato recogida
mirarme bien, que despues
te daré la razon fixa.
Con esto se entró en la Cueva
llorando lágrimas vivas,
y tomando un Santo Christo,
é hincandose de rodillas,
y con afectos del alma
estas palabras decia:
Á Vos Celestial Pastor
vuelve esta Oveja perdida
buscando vuestro Rebaño,
pues sois Autor de la vida.
Amorosísimo Padre,
esta pecadora hija
á vuestra clemencia apela,
y pues es tan infinita
Señor, tu misericordia,
ampara esta desvalida:
Pequé Señor contra Vos
ciega, torpe, inadvertida:
sois justiciero, y piadoso,
no querrais sea perdida
la sangre, que por mí fué
en vuestra Pasion vertida.
Vuelve Señor á la bayna
la espada de tu justicia,
y halle solo en vuestro amparo
consuelo en tanta fatiga;
dame tu luz, porque acierte,
y no camine perdida
á los eternos abismos,
pues me hallo confundida.

En

En esta Oracion estaba,
quando vido, que venia
hacia ella un Caballero,
que color blanco vestia,
el aspecto venerable,
diciendo con melodía:
No tengas miedo Teresa,
que yó soy el Alma misma
de Don Manuel, que por tí
goza de gloria infinita.
Dios oyó tu peticion,
y así el mismo me envia,
para que te desengañe.
Ese, que te persuadía
en mi trage, es el Demonio,
que con infernal codicia,
quiere llevarte consigo,
á sus cavernas, ó simas.
Vete al Convento, y en él
haz las diligencias dignas
de Christiana, y luego al punto
á tu cueva te retira:
Defiendete de los lazos
de esta hidra tu enemiga,
y con esto queda en paz,
Dios te ayude, y Dios te asista.
Apenas se partió el Alma
de este mundo á la otra vida,
el Demonio, que está hecho
un centinela de vista,
volvió á entrar segunda véz,
diciendo: Teresa mia,
que ese es el sutil Demonio,
que con maña discursiva
en sus tinieblas, y abismos
quiere verte sumergida,
y ser mi espíritu finge,
y que el mismo Dios lo envia.
Dixo Teresa animosa:
¿luego tú segun te explicas,
y exáminas mi advertencia
por las razones ya dichas,
dices no eres el Demonio?
Pues hincate de rodillas,
y pide misericordia
á este Señor, que nos mira.
Dixo el Demonio bramando:
eso nó, no lo permita
mi altiva soberbia, que
yó me avasalle, ni rinda.
Pues vete, infernal Dragón
á las brasas prevenidas,
que por tu soberbia tienes
en el Infierno adquiridas:
Y dando un fuerte estampido,
que al desierto pavoriza,
se desapareció al punto
con estruendo, y con ruina.
Quedó Teresa confusa,
se esfuerza quanto podia,
y armada de su valor,
para el Convento camina:
Confesó generalmente,
y á la Cueva se retira.
Diez dias no se pasaron,
quando van á requerirla
quatro, ó cinco Religiosos;
y la hallaron de rodillas
defunta, y todo aquel sitio
con fragrancia trascendia,
al Convento la llevaron
con la decencia debida,
sepultura le previenen:
Gloria á Dios á voces digan:
Y Juan de Mendoza humilde
es razon, que á todos pida
perdon de las muchas faltas,
que en estos Romances cifra.

# FIN.